

WATCH DOGS™ //n/Dark Clouds

Una novela de John Shirley

Inspirada en el juego de Ubisoft

Para todos los fans de Ubisoft y de Watch Dogs

Watch dog (Perro guardián), n

1. Persona o grupo de personas que velan para que no se produzcan robos, prácticas ilegales o despilfarros.

2. Perro adiestrado para vigilar una propiedad.

3. Individuo que ve quién mueve los hilos y que está dispuesto a actuar cuando es necesario.

CAPÍTULO I

Llevaba semanas siguiéndole la pista a Aiden Pearce.

Mientras recorría la orilla del lago por el paseo sumido en la bruma de primeros de noviembre, bajo un sol reticente medio envuelto por una sedosa y gris cortina de nubes, Mick Jeremiah Wolfe se alegraba de haber vuelto a Chicago. Pese al frío, la desconfianza y la frustración, lo *apropiado* era estar allí. Se había criado en “Back of the Yards”, el barrio que lindaba con la antigua zona de corrales y mataderos, y Wolfe se sentía de Chicago de los ojos azul hielo a la suela de las botas. Aún llevaba las botas militares y la cazadora de los Delta Force, pero a la prenda de las fuerzas especiales le faltaban los galones y las insignias. Se los habían arrebatado al expulsarlo.

Seis años destacado en el extranjero; primero en Afganistán, luego en Mali y Somalia. Tres Corazones Púrpura, dos Estrellas de Bronce, dos Estrellas de Plata. Y luego... expulsado sin honores por hacer caso a la insistente vocecita de la conciencia...

Debió optar por el cinismo de marca mayor, como los demás.

«Así están las cosas —pensó—. Por ahora.»

«Encuentra a Aiden Pearce...»

Wolfe paseaba por North Lake Shore, avanzando entre la autovía y los antiguos edificios de ladrillo rojo, con las manos en los bolsillos para mitigar la molestia de la bruma procedente del lago Michigan. Wolfe se estiró un poco mientras caminaba, intentando hacer ver que era un tipo relajado que había salido a estirar las piernas. Con escaso éxito, la neblina intentaba ocultar los coches que zumbaban entre él y el gigantesco mar interior al que llamaban lago. A su izquierda estaban los antiguos edificios de ladrillo que se habían convertido en bloques de pisos y apartamentos de lujo con portero. Aquella vista del lago Michigan valía mucho dinero.

El viento del norte arreció, despejando la bruma y encrespando las olas. Como Wolfe sabía, bajo los Grandes Lagos se escondían barcos hundidos; barcos bien conservados, algunos con más de doscientos años. Eran monumentos invisibles a los muertos sumergidos.

Y no muy lejos de allí, tierra adentro, había otro monumento dedicado a los desaparecidos: en un cementerio de Back of the Yards reposaban los huesos de su padre, Colin Wolfe, muerto en una explosión. Asesinado muchos años atrás. ¿Y por qué? Porque no quiso someterse al cinismo universal. ¿Y quién lo mató? Al asesino lo eliminó otro delincuente dos semanas después en una pelea estúpida por una mujer. No pudo hacerse la ilusión de vengar a su padre... que había cometido el error de hacerle caso a su conciencia.

«Solo un imbécil le hace caso a su conciencia...»

Wolfe echó una ojeada a una farola y vio una cámara del ctOS justo debajo de la luz, pivotando para enfocarlo según pasaba. Le dedicó una sonrisa, la saludó burlescamente y siguió adelante.

A Wolfe no le molestaba el concepto del ctOS, pero sabía que se podía utilizar de manera indebida...

También él quería “usarlo de manera indebida”. O al menos, usarlo para sus propios fines...

A casi todos los vecinos de Chicago les parecía bien el sistema operativo de la ciudad, el ctOS... por el momento. Optimizaba los semáforos para que el tráfico fluyera y mandaba ayuda casi al instante si había un accidente; controlaba el consumo eléctrico y apagaba lo que no era necesario; identificaba los problemas de despilfarro y de saturación de todo tipo. Velaba para que no se produjeran delitos. Era capaz de obtener datos de emergencia de los móviles que contaban con la aplicación de crisis del ctOS...

Pero si se confirmaba el rumor, esas aplicaciones también lo volvían vulnerable, sobre todo para Aiden Pearce. Según los contactos de Wolfe, T-Bone Grady y un hombre llamado “Blank”, Pearce era el famoso *hacker* “justiciero” de Chicago. Ex matón callejero, Pearce había pasado su adolescencia entre pandillas, pero cuando tenía algo más de veinte años se había esfumado sin dejar huella en Chicago, como una especie de avatar de la ciudad, convirtiéndose en leyenda. Se había vengado de sus enemigos... para después escabullirse a un rincón desconocido del submundo de Chicago. Hay quienes creían que había muerto; otros dudaban incluso de su existencia.

«¿El tipo ese? Qué va, no existió. Un cuento inventado por los mandamases para justificar las reformas...»

Wolfe lo había oído más de una vez.

Pero sabía que Aiden Pearce existía; lo había conocido, cuando Wolfe era un chaval y Pearce un adolescente en los Yards. Pearce había sido amigo de su padre: amigo del movimiento de liberación irlandés, como Colin Wolfe...

Solo había que encontrarlo. T-Bone le había puesto en contacto con Blank, quien había hablado con Pearce para concertar la reunión.

Wolfe estaba a solo cincuenta pasos de su destino, justo en la esquina. Todavía no había llegado nadie. Solo se veía un papelito atrapado en un remolino momentáneo.

Volvió a alzar la mirada y oyó el chirrido de otra cámara del ctOS que lo seguía. Teóricamente era posible piratear el ctOS; entre los contactos de DedSec de Wolfe corría el rumor de que era la “piedra filosofal” electrónica que Pearce había usado para acceder a cada rincón de Chicago. Pero la Blume Corporation lo acababa de rediseñar para frustrar a los Aiden Pearce del mundo...

Wolfe sospechaba que, aunque fuera cierto la mitad de lo que le había contado T-Bone Grady, Blume Corp y los demás gerifaltes de Chicago subestimaban a Pearce. Lo más probable es que Pearce aún pudiera reventar el ctOS. Aiden Pearce tenía muchos contactos en DedSec, hackers de sombrero blanco, gris e incluso algunos de sombrero negro. Había hecho negocios con

ellos; a cambio, según afirmaba T-Bone, se habían ocupado de los nuevos cortafuegos de Blume.

«¿Y si espanto a Pearce al llegar? Si me está siguiendo con la cámara...»

Pero Wolfe esperaba que Pearce no supiera que alguien le seguía la pista. Si Pearce lo veía, ¿lo reconocería? ¿Lo consideraría amigo o supondría que era enemigo suyo?

Aiden Pearce podría estar apuntándole con un arma, con el dedo tensándose sobre el gatillo.

Se levantó viento, la bruma se arremolinó, los coches zumbaron... y entonces vio a alguien caminando por la calle perpendicular hacia la esquina. El hombre tenía pelo de color caoba, llevaba un tres cuartos abierto de piel marrón, una gorra de béisbol de piel marrón con un símbolo críptico y gafas oscuras, aunque no había muchos reflejos que evitar. Llevaba un pañuelo oscuro atado al cuello. La silueta del hombre le resultaba familiar.

Tenía que ser él. Era Aiden Pearce.

Blank había cumplido. El indigente le había asegurado que podía llevarle un mensaje a Pearce. El mensaje no se lo transmitiría, sino que se lo “dejaría” en la calle; las transmisiones eran peligrosas, la interceptación era probable. El mensaje contenía unas coordenadas sencillas: una esquina de Chicago, cerca de la orilla del lago Michigan. Y tres palabras: *En pleno barrio*.

Era un código que se había usado doce años atrás, cuando Pearce abandonó las bandas. Pearce había pasado de pandillero a agente. Y no hacía

mucho que Pearce se había metido en un buen lío por sus actividades como agente... y su sobrina había muerto. Su asesinato había sido como un guijarro que caía rodando por la escarpada ladera de Chicago... para provocar una avalancha de rocas demoledoras.

Tiempo atrás, cuando Pearce era agente, Mick Wolfe trabajaba de mensajero llevando dinero para las bandas de Chicago, efectivo procedente de todo tipo de negocios ilegales. La policía no se fijaba en un chaval mugriento de doce años que iba de acá para allá con su mochila. Si la hubieran registrado, la habrían encontrado llena de dinero de decenas de asuntos turbios. De todo aquel efectivo, a Wolfe le daban cinco dólares por cada entrega.

El padre de Wolfe, Colin, habló con Pearce y le pidió que lo alejara de la mala vida. Pearce sacó de las calles a Mick y lo devolvió al colegio, pero Wolfe ya había aprendido las claves básicas de la banda... como las tres palabras que Pearce usaba en aquel entonces para sus operaciones. *En pleno barrio.*

Parecía que las recordaba, porque allí estaba Pearce. ¿A Aiden Pearce le había atraído la curiosidad?

Wolfe advirtió una furgoneta detrás de Pearce, un vehículo gris que avanzaba por la calle muy despacio y detrás del justiciero. ¿La furgoneta protegía a Pearce... o tenía otro propósito?

Pearce se detuvo en la esquina y se volvió para examinar minuciosamente a Wolfe. Estaban a diez pasos de distancia. Wolfe notó que Pearce intentaba acordarse de quién era.

—¡Aiden! ¡Soy Mick! —gritó Wolfe—. Han pasado muchos años, pero...

Entonces su visión periférica captó un destello en la furgoneta. Al volverse para mirar vio que se abría la puerta lateral y que un hombre se asomaba. Y el hombre apuntaba a Aiden Pearce con una pistola con silenciador.

—¡Aiden, al suelo! —bramó Wolfe.

Se oyó el siseo de un disparo, luego otro, mientras Pearce reaccionaba al grito de Wolfe y se tiraba al suelo. Pero incluso desde su posición, Wolfe vio el borbotón de sangre.

Wolfe buscó en el chaquetón, sacó su 38 y apuntó a la furgoneta, pero se escapaba a toda velocidad. Le habían quitado la matrícula. Se alejaba por la autovía y, si disparaba, podía darle a otro coche.

Wolfe guardó el arma, la intercambió por el móvil, marcó el número de urgencias... y frunció el ceño. Se escuchaba un ruido en la línea; no podía hacer la llamada. En la pantalla ponía *sin cobertura*.

«*Sin cobertura... ¿ahora? ¿Aquí?*»

Wolfe corrió junto a Pearce e hincó una rodilla a su lado.

—¡Aiden!

Aiden Pearce estaba tirado boca abajo sobre la acera. A su alrededor se extendía un charquito escarlata oscuro. Tenía la nuca empapada de sangre. Y estaba ahí tirado, absolutamente inmóvil...

Wolfe se puso en pie y volvió a probar con el móvil. Todavía nada de nada. Miró a su alrededor, vio que la gente de los coches miraba al pasar. Hizo gestos a los conductores con los brazos. No se paró nadie.

«Tengo que conseguir que ayuden a Pearce. ¿Cómo?»

Entonces oyó una sirena. A lo mejor alguien más había visto el ataque y había pedido una ambulancia.

«Sí que han llegado rápido, incluso con el ctOS.»

La ambulancia dobló la esquina a toda velocidad y paró en seco con un chirrido junto al caído Aiden Pearce.

Apenas hubo parado salieron los sanitarios, dos ATS negros y fornidos de uniforme azul y amarillo. En los parches del hombro ponía *CFR: Chicago's Fastest Responders*.

Un tercer hombre salió de la parte de atrás de la ambulancia, un blanco larguirucho con un uniforme que no le quedaba bien. El ATS corrió hacia Wolfe con la mano extendida como si quisiera hacer un bloqueo de fútbol americano y obligó a Wolfe a apartarse de Aiden.

—Atrás, caballero...

—¡Le han disparado, va a necesitar una compresa y coagulante, deprisa!

Le dispararon dos veces...

El hombre insistía en hacer retroceder a Wolfe.

—Gracias, caballero. Si tiene más información, proporciónesela a la policía.

Llegarán enseguida...

—Sí, claro. Pero...

Para trabajar en una ambulancia, el sanitario tenía las uñas sucísimas.

En la etiqueta de su uniforme ponía *P. COLLINGSWOOD*.

—¿A qué hospital se lo llevan? —preguntó Wolfe.

—Al Lakeside Hospital, a unas pocas manzanas de aquí, caballero.

Wolfe miró más allá del ATS y vio que los otros dos ya habían subido a Pearce a una camilla portátil. Lo empujaban hacia la parte trasera de la ambulancia y ya lo estaban subiendo. Pearce seguía boca abajo. Llevaba un móvil en la mano. ¿Se las habría apañado para llamar a estos tipos?

Wolfe había visto a muchos sanitarios en acción, allí y en el extranjero, en los Delta Force, y jamás había visto a nadie actuar tan deprisa. Parecía que no se estaban ciñendo al procedimiento.

Los dos primeros ATS se metieron en la parte delantera de la ambulancia; el tercero entró por detrás de un salto, cerró dando un portazo desde dentro y la ambulancia empezó a moverse antes siquiera de que la puerta se hubiera cerrado del todo.

Wolfe memorizó el número escrito en el lateral del vehículo de CFR: 103.

La ambulancia hizo un cambio de sentido brusco quemando ruedas y luego se alejó, bamboleándose por la calle a toda velocidad.

Oyó otra sirena, una sirena de policía.

Wolfe se quedó mirando el charco de sangre sobre la acera.

«De ninguna manera me voy a quedar a responder las preguntas de la policía» — pensó.

Llevaba un arma ilegal y tampoco quería responder muchas otras preguntas. Se dio la vuelta y se alejó caminando, no muy deprisa, y se coló entre los edificios más cercanos en cuanto pudo.

Se asomó desde la esquina de los edificios hacia el escenario del tiroteo. Un coche de policía acababa de parar. Los agentes salieron, señalaron la sangre y miraron a su alrededor perplejos.

Luego llegó una ambulancia y se detuvo en la calle junto a los coches patrulla.

Wolfe observó que salía un ATS y pudo interpretar con claridad el lenguaje corporal del sanitario y de los dos policías.

Perplejidad. Parecían sorprendidos de no encontrar a nadie.

#

—¿Pero está segura de que habrían venido a este hospital? —preguntó Wolfe.

—Sí, estoy segura —le dijo la enfermera de recepción. Era una mujer robusta y rechoncha de uniforme blanco rosado con una montaña rubia teñida sobre la cabeza. Mientras hablaba con él, sorbía mucho por la nariz. Alergias.

Wolfe echó una ojeada nerviosa en el vestíbulo de ingresos.

—Ese lugar está a... tres manzanas del hospital. ¿Por qué iban a llevárselo a otro sitio? ¿Me dice que no está aquí?

—¡Le digo eso mismo, caballero! No han traído a ningún herido de bala que responda a esa descripción. Ni mucho menos...

CAPÍTULO II

«Debería largarme. Deprisa.»

Wolfe intuía que ser testigo del tiroteo lo convertía en objetivo. Y el vestíbulo del hospital estaba demasiado expuesto.

Se volvió y cruzó caminando el vestíbulo hasta salir por la puerta a una llovizna fría. Miró a su alrededor en busca de la furgoneta o de alguien que pareciera una amenaza. Y durante un instante... *todo el mundo* pareció una amenaza. El cartero negro que se le quedó mirando al pasar; el taxista que paraba, probablemente a la espera de un paciente que saliera del hospital; la señora que paseaba al perro. Todos parecían inexplicablemente siniestros en ese momento.

Wolfe se rió de su nerviosismo y bajó rápidamente los escalones hasta la acera. Volvió a echar un vistazo a su alrededor y no vio a nadie más que a una anciana con un andador... y decidió que no era motivo de preocupación.

Aun así, iba a tener que andarse con ojo durante un tiempo.

Echó a andar por la acera, pensando.

«Si Pearce no está aquí... ¿dónde está? ¿Qué narices pasa?»

El ATS le había dicho que llevarían a Pearce allí, a ese hospital. Pero no había llegado ninguna ambulancia desde hacía más de media hora. Y el último ingresado tenía una pierna rota, no una herida de bala. Nadie de la edad o del color de Pearce había llegado en ambulancia. Con la enfermera de recepción, eran cuatro los empleados del hospital a los que Wolfe había preguntado. Les había preguntado a las enfermeras de urgencias e incluso a un tipo que fregaba la sala de espera de urgencias.

Nadie apellidado Pearce, nadie que encajara con la descripción de Pearce. Ningún herido de bala en el hospital. Aun así, la empresa de ambulancias CFR llevaba pacientes a urgencias con relativa frecuencia.

¿Adónde había llevado la ambulancia a Aiden Pearce?

La ambulancia había llegado *deprisa* después del tiroteo. A lo mejor formaba parte del equipo de limpieza del asesino. Puede que ni siquiera fuera personal sanitario...

«*Chicago's Fastest Responders...*»

¿Estarían tirando el cadáver de Aiden Pearce desde un embarcadero en ese momento?

Wolfe dobló la esquina hacia el coche de lujo que había “tomado prestado” esa mañana, haciéndole un puente electrónico en el aparcamiento al aire libre de un concesionario cerrado. Había tenido que pagar a un grafitero para que pintara los objetivos de las cámaras de vigilancia del concesionario donde había robado el coche. Sesenta pavos para el grafitero y merecía la pena... ¿Por qué no mangar un coche cómodo?

Echó una ojeada y no vio a nadie vigilando el coche, que estaba aparcado a media manzana de urgencias. Parecía que todavía no lo andaban buscando; con suerte se tiraría así todo el día si nadie había hecho inventario en el concesionario.

Usó el mando universal que había manipulado, apuntando a los cierres del coche. Emitió un pitido a modo de respuesta, se abrió y él se apresuró. Entró, pulsó el botón de arranque y se alejó, procurando no ir ni muy deprisa ni muy despacio. No quería llamar la atención de la poli.

El coche contaba con GPS activado por voz.

—A la sucursal más cercana de Chicago's Fastest Responders —dijo.

El GPS respondió, informándole de que estaba a menos de quinientos metros.

Giró a la derecha, avanzó durante un par de minutos por un bulevar y allí estaba.

CFR: Chicago's Fast Responders: sucursal 6.

Aparcó detrás del extenso edificio de cemento de una sola planta y entró. —Hoy ya no aceptamos más solicitudes —dijo el pelirrojo pecoso que atendía el mostrador. El hombre toqueteaba un *smartphone* mientras hablaba.

—¿Solicitudes?

El empleado le echó una ojeada.

—¿No ha venido por el trabajo?

—No. Um... CFR ha atendido hoy a un amigo mío. El problema es que... ha habido algún error con respecto al hospital al que le han llevado.

El tipo suspiró y puso los ojos en blanco.

—No es asunto mío.

Wolfe pescó un billete de veinte dólares del bolsillo del pantalón, lo dobló y lo puso sobre el mostrador.

—Dedíquele un minuto.

Los veinte desaparecieron.

—Vale. ¿Dónde fue?

Le dijo al empleado en qué esquina fue y le dio el nombre de Pearce, aunque tal vez no se correspondiera con el que llevaba encima. Aiden Pearce seguramente tenía todas las identidades que necesitara.

El dependiente centró la mirada en el monitor del ordenador.

—No. Hoy no hemos recogido a nadie junto al lago. Nadie en esa esquina, ni en esa calle. Nuestra gente ha estado recogiendo a heridos de bala en Washington Park. Como siempre.

—¿Nadie que se llame así?

—No.

Wolfe siguió haciendo preguntas y recibiendo no, no, no, no como respuesta. CFR negaba haber recogido a nadie en esa esquina, a esa hora o a cualquier otra del día.

—Y ninguno de nuestros empleados se apellida Collingswood. Ninguno.

—¿Y el número de la ambulancia? ¿Uno cero tres?

—Hoy no se ha usado. La están revisando.

—Revisando. Vale.

Wolfe se dio la vuelta y salió en silencio.

A Aiden Pearce le habían disparado. Luego había desaparecido, como si una ambulancia fantasmal se lo hubiera llevado por arte de magia a un hospital fantasmal.

O eso o aquellos tipos estaban compinchados con el asesino... y Pearce estaba muerto. Puede que ya fuera un fantasma auténtico, y no el justiciero fantasmal que había sido hasta entonces. Un fantasma auténtico... para siempre.

Wolfe decidió que no lo creería hasta que hubiera pruebas.

Caminó hacia la esquina del edificio y se dispuso a coger una vez más antes de abandonarlo el coche que había tomado prestado ilegalmente...

Y en ese momento el Crown Victoria oscuro paró delante de él. Wolfe reconocía a la primera los coches de policía camuflados.

#

Aiden Pearce estaba muy vivo, pero casi deseaba no estarlo.

Sentía un dolor agudo en la cabeza. Los pálpitos, las nauseas... Eso es lo que le hacía desear perder el conocimiento.

Le dijeron que la bala solo le había rozado el cráneo, pero le había causado una conmoción cerebral. No de las graves que precisan hospitalización, pero ninguna conmoción cerebral es buena. Las heridas en el cuero cabelludo parecen más escandalosas de lo que son en realidad, y había sangrado mucho.

“Doc” Morrisky, a quien le habían retirado la licencia por vender oxicodona, había hecho el diagnóstico y le había puesto los puntos.

—Sí, estás bien, no es más que un rasguño y una conmoción cerebral —le dijo.

No le había ofrecido oxicodona. A Pearce no le habrían importado unos cuantos cientos de miligramos.

Pearce estaba tumbado en la cama de uno de sus pisos francos, en el South Side. Le dolía la cabeza como si le acabaran de pegar el tiro. Uno de los sanitarios le había administrado un anestésico local. No era suficiente.

Oía a Pussler en la habitación de al lado, cotorreando con su novia en el móvil... Pussler, el sanitario falso que había mantenido a raya a Wolfe en el escenario del intento de asesinato.

—Nena, tengo pasta. Hoy me ha salido un curro y podemos colocarnos — decía Pussler.

Pearce dio un suspiro. Morrsky, ex doctor, y Pussler, un ex actor yonqui. ¿Es lo mejor a lo que podía aspirar?

Los otros dos tipos eran auténticos ATS de CFR a sueldo de Pearce, tipos a los que ahora debía cinco mil por cabeza. Como Pearce había estado robando pasta a un par de gánsters que no tenían ni idea de quién les pirateaba las tarjetas, podría pagarles. Y aunque anduviera colgado, Pussler había resuelto la papeleta. Era uno de los intermediarios de Pearce en la calle; había estado a la espera, había recibido el mensaje de emergencia cargado de antemano y había respondido deprisa. Porque poco después de salir hacia la reunión, Pearce sospechó que alguien lo seguía. Por eso le había dicho a Pussler que se reuniera con el equipo de la ambulancia y estuviera cerca por si tenía que huir con las espaldas cubiertas... pero no esperaba que le pegaran un tiro.

«Imbécil —dijo para sí—. No debí arriesgarme.»

Si le habían tendido una trampa, ¿quién había sido? Pussler no parecía tan taimado... y por algún motivo Pearce se fiaba de él. Luego estaba Clyde Merwiss, un programador que colaboraba a veces con Pearce desde hacía cuatro meses... Pero él no estaba al tanto de la reunión.

Entonces, ¿Mick Wolfe lo había llevado hasta el pistolero?

Si Wolfe le había tendido una trampa, era mejor actor que Pussler. Parecía que Mick Wolfe se alegraba de verlo. Incluso había intentado advertirle.

De hecho, le había salvado la vida. El aviso de Wolfe le había dado a Pearce la oportunidad de quitarse de la línea de fuego, por lo que solo había recibido un balazo y de refilón.

Por suerte, el pistolero había visto el borbotón de sangre de la herida en el cuero cabelludo y pensó que había sido algo más que un rasguño...

Pearce había pirateado las cámaras de la calle antes de salir del coche para acercarse caminando; lo había hecho para ver quién iba a reunirse con él; quién conocía aquella antigua clave.

La cámara callejera le había mostrado un rostro vagamente familiar. Había utilizado el sistema de reconocimiento facial del ctOS para confirmarlo: Mick Wolfe. El hijo de Colin, a quien Pearce había visto por última vez cuando Mick tenía unos trece años...

Pearce sacó el *smartphone*, limpió un poco de sangre seca y activó el modo de infiltración en el ctOS...

Era hora de averiguar en qué andaba metido Mick Wolfe.

#

—¿Cómo ha dicho que se llamaba, agente? O mejor, ¿me enseña otra vez la placa?

El detective, un hombre grandote de rostro rosado, pelo a cepillo y mandíbula cuadrada, refunfuñó entre dientes, pero metió la mano en la americana gris y volvió a sacar la placa dorada, sosteniéndola con sus

musculosas y marcadas manos rosas.

—*Tranter*. Teniente *Tranter*. ¿Va a dejar de darme largas?”

Wolfe memorizó el número de placa.

—Claro, detective.

Tranter guardó la placa.

—Muéstreme la documentación, listillo.

Wolfe solo disponía de un carné, al margen del permiso de conducir, pero no tenía cuentas pendientes con la justicia. Sacó el carné militar, esperando que al detective le cayeran bien los soldados, y se lo dio.

—Este carné del ejército ha caducado.

—Sí. Me licencié.

Tranter se lo devolvió.

—Investigo un tiroteo. Un... presunto tiroteo. Usted fue al hospital preguntando por alguien que podría haber estado implicado.

—¿Y me ha encontrado aquí? Hay que ver lo rápido que es el ctOS.

—Sí que lo es. Identificación facial. Las cámaras de la calle, del hospital y de ahí enfrente. Su carné lo confirma. Pero... lo *curioso* es que las cámaras del ctOS se cortaron en cuanto se acercó a aquella esquina. ¡Se fue la imagen! No vimos qué ocurrió después.

—No tengo la culpa de que las cámaras se estropearan.

Resultaba interesante. Las cámaras se habían desconectado al acercarse a Pearce. Wolfe no había sido, pero ¿Pearce? ¿Había bloqueado Pearce la señal de la cámara de esa zona?

Tranter miraba de arriba abajo a Wolfe con gesto de asco. Le desagradaba la mandíbula sin afeitar y la ropa arrugada.

—¿Y ahora adónde iba?

—¿Yo? Si le digo la verdad, iba a cometer una fechoría. Iba a mear detrás del edificio. *Tengo* que irme, en serio. Allí no quisieron dejarme ir al baño.

—¿No iba hacia ese coche aparcado?

—¿Yo? No.

—Entonces, ¿el Acura no es suyo?

—Qué va. Con estas pintas, ¿cómo voy a ser dueño de un coche nuevo tan chulo? Al pecoso de dentro le oí hablar por teléfono de su Acura nuevo. Leasing. Es increíble lo que paga.

Tranter asintió, pero no significaba que estuviera de acuerdo. Podía ser un gesto de asentimiento a lo “vaya bola me ha soltado este tío”.

—¿Qué relación tiene con Pearce? —preguntó Tranter.

—¿Yo? Bueno, era amigo de mi padre cuando vivíamos en los Yards. Busco trabajo y pensé que podía conseguirme algo. Quedé con él en la calle; ahí es donde me indicó. Pero no apareció. Me dijeron que le habían pegado un tiro a alguien...

—¿Quién se lo dijo?

—Un vagabundo. Un tipo apestoso de larga barba castaña.

«*Será mejor que me acuerde de todas estas mentiras...*»

—Sabe que puedo comprobar su paradero. ¿Dónde ha estado?

Wolfe se encogió de hombros.—Haga lo que le parezca. Tengo que mear, en serio. ¿Si meo aquí me multa?

—¿Qué? ¡Aquí no puede mear!

—Vale. Pues tendré que apretármela para que no se me escape. Se agarró la entrepierna. No quería que Tranter lo metiera en el asiento de atrás de su coche camuflado y comprobara la otra matrícula.

—¡Tampoco haga eso!

—No me aguanto más, detective.

Wolfe se lo pensó y le quedó claro que si Tranter hubiera comprobado la matrícula del Acura, ya habría averiguado que nadie lo había comprado ni matriculado; ya sabría que era robado y Wolfe estaría esposado por ser un sospechoso que iba hacia un coche robado.

Tranter tampoco debía de haberle visto entrando en el coche a través del ctOS. Hasta ahí no habían llegado, pero lo *harían*... así que Wolfe tenía que salir de allí en cuanto pudiera.

La tercera vez del día que tenía que largarse deprisa. Del escenario del tiroteo, del hospital y ahora de allí. Se sentía como un conejo. Al soldado que aún llevaba dentro no le sentaba nada bien.

Pero ni mucho menos iba a enfrentarse cuerpo a cuerpo a un detective de la policía de Chicago; al menos, ese día no.

—Así que un “mendigo” le dijo que hubo un tiroteo justo donde esperaba ver a Pearce...

—¡Sí! Vio el nombre de la empresa de ambulancias; si hay algo que conocen bien los ancianos alcohólicos son las empresas de ambulancias. Mi tío solía tirarse todo el fin de semana bebiendo y un día...

—Wolfe, cierre el pico y escúcheme. Voy a investigarle. Necesito que me dé su dirección, el número de móvil, el número del permiso de conducir y, si se pasa, le tomaré las huellas. —Sacó una libretita y un lápiz, escribió los números del carné militar y le devolvió la tarjeta—. Venga, empiece por la dirección.

Wolfe le dio la información correcta; siempre podría cambiar de motel.

—Muy bien —dijo Tranter mientras guardaba la libreta—. Mire, el caso es que estamos investigando a Pearce. Un asunto muy turbio. No insista, repito, no insista en buscarlo. Según tengo entendido, de todos modos el tipo ha muerto. Esperamos que su cadáver aparezca en la orilla del lago en cualquier momento. Las patrulleras andan atentas.

«Me suena a chorrada —pensó Wolfe—. Este poli y yo estamos librando un duelo de trolas.

—Perderá el tiempo si sigue buscándolo —continuó Tranter—. Será mejor que no se inmiscuya en sus asuntos. Le diré algo: ¿sabe qué es lo que más le conviene? Vaya a la estación de autobuses, use el baño, cómprese un billete para algún lugar lejano y utilícelo cuanto antes. ¿Me entiende?

—Desde luego.

—¡Y nada de mear en este aparcamiento! Ahora, lárguese.

—De acuerdo, detective. Me voy. Me marcho a San Luis. O quizá a Los Ángeles... Nunca he estado en Los Ángeles. Allí vive un primo mío...

—Sí, fenomenal, váyase a tomar por culo de aquí.

Wolfe se dio la vuelta y se marchó, con las prisas propias de alguien que se estaba meando.

De todos modos, lo adecuado era darse prisa.

#

Pearce utilizó su programa de suplantación de señal más reciente para disimular la fuente de la petición de su *smartphone*. Captó un receptor *wi-fi* de un PC a cierta distancia y aparentó que ese era el origen. Si su búsqueda activaba alguna alarma, no quería que siguieran la pista hasta su piso franco. Ese día ya había estado a medio centímetro de recibir un balazo en la sesera.

Ahí estaban los datos de Wolfe. En primer lugar apareció su expediente militar.

Mick Jeremiah Wolfe. Ejército, Fuerzas Especiales, Delta Force. Condecorado. Seis años destacado en el extranjero... Oriente Medio, norte de África. Misiones confidenciales. Técnico en electrónica. Especialista en informática; localizador de transmisiones por microondas... Experto en perfeccionamiento de vigilancia por satélite...

«¿Misiones confidenciales? Qué interesante.»

Dos veces ingresado en un hospital de campaña con heridas de armas ligeras. Las dos veces se presentó voluntario para volver a la acción.

«Su padre se habría sentido orgulloso del chaval.»

Pero... de repente, el expediente empeoraba. Arresto por presunta malversación de fondos federales. Empezó declarándose inocente ante el tribunal militar. Falta de pruebas. Procesado por agresión y perjurio. Con respecto a esas acusaciones, se negó a discutir su inocencia.

«¿Qué agresión? Ahí estaba. Pelea con un oficial, agresión, perjurio, que acabó en... un año en el centro disciplinario del norte de Leavenworth. Un penal militar. Y luego...»

Expulsado sin honores.

Tampoco había tanto de lo que enorgullecerse.—Chaval, ¿qué has hecho? —murmuró Pearce.

«¿Con qué oficial había tenido la bronca?» *Verrick*, indicaba el documento.

El *comandante Verrick*. No era buena idea sacudir a un comandante cuando eras un simple suboficial.

Pearce recordaba a un chaval de cara sucia, de unos trece años, que iba de acá para allá por la acera. De vez en cuando, el chico veía a Pearce en la esquina y le preguntaba animadamente: «¿Qué hay, Aiden?» El joven Mick Wolfe quería dárselas de tipo importante en la calle.

Verrick. El nombre le sonaba. Pearce hizo una búsqueda sencilla del apellido en Chicago junto con la palabra Ejército y dio con Roger Verrick, el nuevo director de Blume Security en Chicago. También era uno de los principales accionistas de Blume y supuestamente era un pionero en tecnología de seguridad. No tardó en verificarlo; era el mismo tipo. Ahí estaba

su foto: cabello castaño y rizado con entradas, arrugas en el rostro, sonrisa en la que apenas se veían los labios, ancho de espaldas. Ex comandante en el Ejército de EE. UU., Delta Force, su familia llevaba mucho tiempo formando parte del accionariado de Blume y él se había incorporado a la empresa después de licenciarse, hacía un año y medio.

Desde luego, no había tardado nada en progresar en Blume Corporation. También es cierto que Verrick tenía enchufe a través de su familia. Y es posible que hubiera aportado algo de tecnología militar para hacer más apetecible el acuerdo. ¿Había traficado con tecnología secreta? Era posible. Merecía la pena acordarse de esa posibilidad.

Si Verrick era el nuevo director de Blume Security, conocería muy bien a Aiden Pearce. Pearce no tenía problemas con Blume Corporation, de hecho, dependía en cierto modo de la empresa, pero se había enfrentado a algunas facciones de Blume, a facciones que se relacionaban con el Club. Es decir, el Chicago South Club, también conocido como la mafia irlandesa que había dirigido el difunto y no tan afortunado Lucky Quinn. Se rumoreaba que el hijo de Quinn planeaba hacerse con el control del Club...

¿Le había atacado el Club? ¿Tenía alguna relación Verrick con el Club? A lo mejor Verrick había organizado el intento de asesinato con la ayuda de Mick Wolfe. Puede que Verrick hubiera averiguado que Wolfe conocía a Pearce y, después de pactarlo con Wolfe, había encargado a un matón del Club que le pegara un tiro.

Pero si Wolfe había participado en el asesinato, ¿por qué advirtió al objetivo de que alguien estaba a punto de dispararle?

A lo mejor había cambiado de opinión en el último momento.

Aun así, la intuición de Pearce le decía que Mick Wolfe no había participado en el intento de asesinato. Había notado sorpresa en la voz de Wolfe durante el aviso. Wolfe parecía verdaderamente sorprendido por el intento de asesinato...

Pero si no era a través de Wolfe, ¿cómo habían averiguado dónde iba a estar? Puede que alguien que buscara al “justiciero” le hubiera visto conduciendo por la zona y luego hubiera hecho una llamada. El perseguidor había respondido y había empezado a seguirlo. El leve cosquilleo que sintió en el cuello le había servido de aviso a Pearce; la furgoneta vista más de la cuenta en el retrovisor...

Antes de aparcar e ir adonde había quedado con Wolfe, Pearce buscó la furgoneta, pero no la había visto. Decidió que no corría peligro, pero para asegurarse neutralizó las cámaras con su móvil en cuanto llegó a la manzana de la reunión. No quería que el ctOS supiera dónde estaba.

Sabía que se arriesgaba, que corría un riesgo excepcional al ir, pero Pearce sospechaba que la frase en clave era de Mick Wolfe aunque el remitente del mensaje no se hubiera identificado. Tenía entendido que el chaval había vuelto a la ciudad... y ya no era un chaval, sino un ex soldado de veintitantos años. Y Wolfe probablemente fuera la última persona viva que conocía aquella frase.

Pearce se sentía en deuda con Mick Wolfe. Porque la explosión que había quitado de en medio al padre de Mick Wolfe era otro crimen que, indirectamente, era culpa de Aiden Pearce. En aquellos tiempos, cuando Pearce era un adolescente y estaba en la banda de South Yards, Colin Wolfe había advertido a Pearce de que iba a llevar pruebas a la policía. Colin era amigo suyo y le daba a Pearce la oportunidad de borrar sus huellas e irse a otro territorio.

Pero otro pandillero había avisado a los jefes de que Colin iba a denunciar uno de sus chanchullos. El mismo tipo al que encargaron que se ocupara del “chivato”.

Y... *bum*. La mitad superior de la casa de Colin Wolfe voló por los aires, disolviéndose en una bola de fuego y una lluvia de escombros.

Después, Pearce intentó hacerse amigo del chaval. Iba a verlo de vez en cuando y hablaba con Mick pensando en su padre, intentando que se mantuviera al margen de las bandas. No podía dejarse ver en público con el muchacho, pero más de una vez había alquilado un yate de motor para ir con él al lago Michigan... hasta que Mick se mudó de barrio cuando su madre volvió a casarse. Pearce perdió el contacto...

Puede que el chaval supiera que Aiden Pearce había provocado sin querer la muerte de su padre. Pensándolo bien, no era culpa de Pearce, pero era posible que Mick Wolfe quisiera castigarlo.

«Después de lo que ha pasado hoy, no debería fiarme de Mick Wolfe...»

Pero el instinto le decía a Pearce que Mick Wolfe no era enemigo suyo. Y el chaval se las había apañado para encontrarlo, algo que nadie había conseguido. Es decir, Wolfe era muy eficaz.

Si se confirmaba que Wolfe no le había tendido la trampa, *a lo mejor* podía trabajar para Aiden Pearce.

Pearce iba a tener que agachar su herida cabeza y pasar desapercibido durante un tiempo hasta que averiguara quién había intentado asesinarlo.

Se le ocurrió que a lo mejor no había sido por una llamada después de que alguien lo viera por casualidad. Tal vez fuera uno de los suyos, alguien con quien trabajaba en la ciudad. Apenas se fiaba de cuatro gatos...

¿Había averiguado alguno de ellos adónde iba ese día?

Si era el caso, le habrían pagado por desvelarlo.

Y le tocaba a Pearce averiguar quién había cobrado y quién había pagado la cuenta...

Porque ahora le tocaba pagar a él.

O, para ser más exactos, tenía que *ajustarle las cuentas* a alguien por arañarle el cráneo con una bala. Y en Chicago, las deudas siempre se pagan.

#

—Tranter. Pase.

—Señor Verrick. ¿Podemos hablar aquí?

—Sí. Acabo de barrer el despacho. Esa misma mañana había hecho que buscaran micrófonos. Por supuesto, tipos como Aiden Pearce eran capaces de intervenir el fijo de la oficina sin colocar un dispositivo de escucha...

pirateándolo de manera inalámbrica. Pero incluso Pearce tendría que acercarse para hacerlo. Y estaban en un piso 39.

Era un despacho grande en una esquina del nuevo edificio de Blume, con vistas al lago. Bueno, el lago Michigan se veía un poco si te asomabas y mirabas más allá del John Hancock Center.

El comandante Roger Verrick, licenciado del Ejército de EE. UU., se lo había montado bien y disfrutaba con ello. Tenía una gran mesa de caoba, ventanales de suelo a techo que encajaban de maravilla en el rincón, una litografía de Picasso sobre el sofá de piel, minibar y una máquina de café de alta gama.

Mientras miraba a Tranter, en pie junto a la puerta cerrada del despacho, Verrick se movió en la cara silla ergonómica; se había lesionado la espalda en Somalia cuando una bomba artesanal había volcado su humvee, y no se había curado del todo pese a las operaciones.

—Parece algo nervioso, Tranter.

—Sí. La... flecha no alcanzó la diana, señor Verrick.

—¿Sí? ¿A qué imbécil contrató? Da igual, no me lo diga. Teníamos información de primera; solo un idiota la habría cagado. En estos tiempos Pearce no se suele dejar ver en la calle. ¿Cómo se las apañó nuestro hombre para fallar?

—Le avisó alguien en la calle.

—Falló... ¿Por qué no disparó otra vez?

—Disparó dos veces y pensó que le había volado la cabeza con el segundo tiro. Pero... parece que se levantó y se fue andando. No tenemos claro cómo salió de allí. Podría estar muerto, pero hasta que lo confirmemos... tenemos que suponer que hemos fallado.

—¿Quién avisó a Pearce?

—Un tipo con el que había quedado. Yo no sabía nada de eso. Es decir, no sé quién es...

—Espere. Me da la impresión de que usted se topó con ese incordio que avisó a Pearce.

—Sí, señor. —Tranter parecía abatido—. Sabíamos que Pearce tenía pensado ir a ese barrio, pero no conocíamos el motivo. La cámara de vigilancia captó al otro tipo. No pensamos que fuera... importante. No quise llevármelo y armar más follón del que ya se había montado en la calle. Pero averiguamos que era del mismo barrio, del Yard. Se crió junto a Pearce. Puede que fuera más importante de lo que pensamos...

—Así que había quedado con Pearce. Y fue quien lo avisó. Y usted habló con ese bocazas y... dejó que se fuera.

Tranter se aclaró la garganta.—Sí, señor. Parecía un... tipo inofensivo. Quizá con estrés postraumático por culpa de la guerra.

—Por supuesto. Espere... ¿la guerra? ¿Qué guerra?

—No lo sé. Vi su carné militar. El tipo era de los Delta Force.

—¿Delta Force? —Verrick se irguió en la silla, sin hacer caso de la punzada de dolor en la espalda—. Tranter, ¿cómo se llamaba el soldado?

—Uh... Wolfe. Mick Wolfe.

Verrick cerró los ojos. —Santo cielo. *Sabía* que tenía que haber hecho que lo mataran en Leavenworth.

—¿Señor?

Verrick lanzó a Tranter su mirada más gélida.—Tranter. ¿Quiere seguir cobrando ese sobresueldo mensual?

—Claro que sí, señor.

—Y quiere seguir viviendo, ¿verdad?

Tranter le devolvió una mirada fría. Aunque fuera corrupto, Tranter era duro, y Verrick notó que no iba a tolerar ese tipo de amenazas.

Pero Verrick hablaba en serio. Para empezar, había llegado a un acuerdo con el Club; era importante que Pearce cayera. Pero también estaba Wolfe, otra bomba de relojería. Había cometido un grave error al decidir que Wolfe no muriera en la cárcel. Temió que suscitara sospechas y que la gente empezara a repasar el testimonio de Wolfe. Una vez muerto, a lo mejor empezaban a tomárselo en serio. Por eso Verrick le había dejado vivo, creyendo que si destruía su carrera, también lo destruiría a él.

Pero había vuelto a aparecer, como una moneda falsa. A lo mejor intentaba utilizar a Pearce para ir a por su antiguo oficial al mando, el comandante Roger Verrick.

Y Verrick no iba a cometer más errores. Juró en silencio eliminar a todo el que le estorbara de ahí en adelante... y no solo por cubrirse las espaldas. Desde su punto de vista, el destino del mundo estaba en juego.

—Será mejor que lo resuelva, Tranter —dijo por fin—. Me respalda mucha gente. Se lo cepillarán como a una puta barata si me falla. *Y no va a fallarme.* Además de asegurarse de que Aiden Pearce muera... elimine también a Mick Wolfe.